Carlo Frabetti *

# Contra el amor

Como todos los mitos, el amor se refugia en una bruma de ambigüedad que lo hace difícil de analizar y, por tanto, de desmontar. Después de la autoconciencia, el *cogito ergo sum* (o antes, para quienes proponen la alternativa *patior ergo sum)*, el amor es el más íntimo e "inefable" de los sentimientos; de ahí que la literatura y el arte pongan el máximo empeño en expresarlo, sobre todo en su sentido estricto de enamoramiento.

Sin embargo, confiamos tanto en su universalidad que la expresión "estar enamorado" se considera dotada de un significado preciso y se emplea recurrentemente, dando por supuesta su inmediata comprensión. Esta es una de las muchas paradojas del amor: todos saben lo que es, pero a la vez resulta dificilísimo, no ya definirlo, sino tan siquiera describirlo. En comparación, conceptos tan abstrusos como "felicidad" o "libertad" parecen sencillos.

Por eso no voy a partir de una definición del objeto impugnado, sino que intentaré que la impugnación misma vaya, si no definiendo, al menos acorralando el mito para su ulterior desarticulación (tarea delicadísima que cada cual tendrá que emprender por su cuenta y riesgo).

## La amistad como oposición

Normalmente (y con toda propiedad, como veremos) se reserva el término "amor" para las relaciones familiares y parafamiliares. Se habla de amor entre padres e hijos, entre esposos y entre parejas (que son protofamilias nucleares), estableciendo una clara distinción entre esta clase de afecto y el amistoso, hasta el punto de que los términos "amor" y "amistad" se suelen utilizar como mutuamente excluyentes. Es frecuente decir "sólo somos amigos" para desmentir una supuesta relación amorosa. Y el padre que le dice a su hijo "me gustaría ser un amigo para ti" está expresando claramente que la amistad no es algo intrínseco a la relación paterno-filial típica, sino, en todo caso, algo a conseguir como superación de la misma.

Otra gran paradoja del amor: se utiliza este término para aludir a dos clases de afecto —y sólo a estas dos— que en principio parecen incompatibles: el afecto entre padres e hijos y el afecto entre amantes, que el tabú del incesto separa rígidamente.

El psicoanálisis ha demostrado de forma concluyente la índole erótica del afecto filial, a duras penas enmascarada por el más fuerte de los tabúes. Pero habría que empezar a plantearse el aspecto recíproco de la cuestión: la índole filial del afecto erótico.

En el amor subyace el deseo compulsivo de recuperar ese "paraíso perdido" en el que la madre era la prolongación del yo y su inagotable fuente de placer y seguridad. En este sentido, el amor es siempre infantil, regresivo; se niega a aceptar la evidencia de la separación irreversible, de la alteridad autónoma e inabarcable, por lo que está plenamente justificado que se lo represente como un mamón blando y gordezuelo con los ojos vendados.

## La ideología de la familia

Lo que llamamos amor es, básicamente, la fuerza de cohesión de las células familiares: tiende a mantener unidas las ya existentes y a formar otras nuevas (toda pareja es una protocélula).

El exclusivismo y la posesividad típicas del amor se corresponden con la estructuración familiar nuclear de la sociedad, basada en la pareja —más su eventual prole— concebida como isla afectivo-sexual y económica. La afectividad y la sexualidad se conforman en el seno de la familia, y tienden a reproducirla.

Con el progresivo relajamiento de la moral cristiano-burguesa, el esquema matrimonial y familiar se ha hecho más flexible, menos coercitivo en lo que a libertades formales se refiere, pero dista mucho de haber sido superado (por el contrario, dicha flexibilización facilita su supervivencia en una sociedad más permisiva) y el amor es expresión —y sustento— de dicho esquema. Aunque el matrimonio como institución religiosa y social empieza a debilitarse (e incluso esto es muy relativo), su mito básico —la pareja unida por el amor— conserva una vigencia casi universal.

El amor es la ideología de la familia —es decir, la ideología a secas— internalizada a los más profundos niveles y convertida en compulsión y mito primordiales. Las versiones paganas actualizadas del mito pueden ser menos coercitivas que la

---

(*) *El Viejo Topo* Extra Nº 17, Barcelona, 1982.

versión cristiano-burguesa, pero siguen expresando y transmitiendo la misma ideología.

Las presuntas actitudes "progresistas" o "realistas" frente al amor rara vez van más allá de una mera puesta al día del mito (con lo que, por cierto, contribuyen a su perpetuación). Del mismo modo que el matrimonio se flexibiliza oficialmente mediante el divorcio (flexibilidad extraoficial siempre la ha tenido, especialmente para los varones), el amor, para sobrevivir en esta época presuntamente racionalista y desmitificadora, renuncia a sus pretensiones de absoluto y eternidad. Pero no es una renuncia sincera: las edípicas ansias de una fuente de placer y seguridad plena, incondicional, continua y exclusiva siguen latentes: sigue vivo el deseo de anexionarse a otra persona (por algo se usa el término "conquistar" como sinónimo de enamorar), de recuperar el tiempo edénico en que la madre era la mullida fortaleza de un ego de límites difusos. *Liebe ist Heimweh:* el amor es nostalgia, dicen irónicamente los alemanes.

## Un universo pueril

Resumiendo, el amor es consecuencia y factor perpetuador del esquema familiar nuclear, que a su vez es consecuencia y factor perpetuador de una sociedad basada en la explotación y la competencia que induce a refugiarse en la familia —o la pareja— concebida como trinchera y congela la afectividad y la sexualidad en el estadio infantil.

La etiología familiar de la enfermedad amorosa se manifiesta claramente en el más común y lamentable de sus síntomas: los celos.

Los celos y su nefasto cortejo (posesividad, dependencia, ansiedad, agresividad, etc.) son consecuencia lógica de la puerilidad del amor: cuando dos personas, al enamorarse, contraen el compromiso tácito de satisfacer mutuamente sus ansias edípicas, es inevitable que se frustren o se sientan continuamente al borde de la frustración, del "abandono", ya que el bebé interior exacerbado por la furia amorosa exige una dedicación constante y exclusiva que en el fondo sabe imposible. Este miedo fóbico al abandono, esta frustración sorda y continua producida por el hecho de no ser omnipotente, omnipresente y omnisciente en el universo del otro, se traduce en los celos.

El amor, que a menudo se presenta como último reducto de autenticidad y autodeterminación en una sociedad hipócrita y coercitiva, es en realidad la farsa suprema y la más angosta de las jaulas concéntricas que nos aprisionan.

Los miembros de una pareja se someten mutuamente al más grosero de los engaños (sólo concebible en la medida en que ambos desean ser engañados tanto o más que engañar) y, sujetos por la cadena de una dependencia neurótica, se convierten cada uno en la bola de presidiario del otro.

Los enamorados firman —con su sangre— el siguiente contrato elíptico: "Tú vas a fingir que yo soy lo más importante para ti, el centro de tu universo, y yo fingiré que tú eres el centro del mío; de este modo olvidaremos que, desde que salimos de la infancia, estamos irreversiblemente solos, cada uno confinado en el centro de su propio universo... Tú vas a fingir que yo soy para ti algo único e insustituible, que estás conmigo precisamente porque soy yo, cuando en realidad mi identidad profunda te es desconocida e inasequible, y no soy más que uno de entre los miles de actores que podrían representar el mismo papel para ti; a cambio, yo fingiré que tú eres para mi algo único e insustituible (cosa que me resultará tanto más fácil en la medida en que me hagas creer que yo soy único e insustituible para ti), que estoy contigo precisamente por que eres tú, etc."

## Engaño mutuo

Mediante un mecanismo esquizofrénico **ad hoc** que merecería el más atento estudio de los psicólogos, los dos actores se creen no sólo la farsa del otro, sino también la propia. La única diferencia entre el seductor y el "enamorado auténtico" estriba en que el primero sólo engaña al *partner*, mientras que el segundo también se engaña a sí mismo.

Tanto engaño mutuo sólo es concebible, por otra parte, en el marco de una mitología sólidamente instaurada. Del mismo modo que la religión es una forma de amor -al padre (o sea al principio de autoridad) deificado—, el amor es una forma de religión, la respuesta mítica al carácter inasequible e incognoscible de la alteridad. Si la religión es una mitología destinada a conjurar el miedo a la muerte, el amor es una mitología destinada a conjurar el miedo a la soledad; y, como tal, dificulta el enfrentarse objetivamente al problema y favorece la perpetuación de un sistema basado en la explotación y la competencia más asolidarias, causa fundamental de la soledad extrema en que vivimos.

(Cabe plantearse la siguiente cuestión: puesto que mucha gente prescinde de los mitos religiosos [1], pero casi nadie de los amorosos, ¿hay que deducir que el miedo a la soledad es más intenso e irreductible que el miedo a la muerte? Probablemente la explicación estriba en que la muerte propia es un fenómeno único, definitivo y que casi todos ven como algo vago y remoto, algo que, al igual que el Sol, no se deja mirar de frente, como dice La Rochefoucauld. No se experimenta la muerte, nos recuerda Epicuro: "Cuando tú eres, la muerte no es; cuando la muerte es, tú ya no eres". La soledad, por el contrario, es una experiencia frecuente —por no

[1] No tanta, en realidad: muchos de los que creen prescindir de la religión se aferran a una serie de mitos sustitutivos (seudocientíficos, morales, etc.) que, si no conjuran el miedo a la muerte, al menos alivian el miedo a la vida.

decir continua— y directa, y en nuestra sociedad competitiva, anónima, muy difícil de aliviar de una forma mínimamente satisfactoria. La necesidad de autoengañarse con respecto a la soledad es mucho más inmediata y apremiante que la necesidad de autoengañarse con respecto a la muerte.

**Del trauma...**

Es absurdo pretender combatir el sistema actual sin oponerse a la familia nuclear patriarcal. Y esto, a su vez, implica desenmascarar el amor como mito paralizante, dejar de considerarlo una especie de "bello milagro" y empezar a contemplarlo —y tratarlo— como un trastorno afectivo-sexual de naturaleza ideológica.

En el lenguaje coloquial se alude a menudo al carácter traumático del amor: se habla del "mal de amores", de la "fiebre amorosa" (los brasileños son más explícitos y usan *tarado* como sinónimo de enamorado), y por algo se representa a Cupido armado de arco y flechas. Pero está tan arraigada la religión del amor, que ni siquiera el admitir abiertamente que se trata de un dios ciego y tiránico impide que se siga adorando de una forma y otra.

El terrible adagio "del amor al odio no hay más que un paso" debería bastar para despertar en el más ingenuo la sospecha de la morbosidad del amor. Amor y odio son las dos caras de la moneda afectiva en curso, acuñada con una aleación rica en violencia, miedo, mentira... Son las dos caras de la moneda de la incomunicación y por eso están tan próximos, es tan fácil pasar de uno a otro e incluso confundirlos. Si las personas pudieran conocerse, comprenderse, colaborar, desarrollar la solidaridad y la "simpatía" (en el sentido etimológico de sentir con), desaparecerían tanto el odio como su reverso —su par dialéctico— el amor compulsivo. Y sólo habría amistad [2], más o menos íntima, más o menos sexual, pero básicamente respetuosa de la identidad ajena, abierta, libre.

Hay que evitar la común falacia de pensar que los aspectos negativos de este amor compulsivo "a un paso del odio" son defectos extrínsecos, "accidentes" aislables de una hipotética "esencia" del amor, noble y luminosa. Los celos, la ansiedad, la frustración, la agresividad latente (cuando no manifiesta), etc., no son "impurezas" del amor, sino elementos intrínsecos. La posesividad y la dependencia edípicas engendran necesariamente celos y ansiedad, la idealización engendra frustración, y la ansiedad y la frustración (o su intuida inevitabilidad) engendran agresividad.

**...a la alineación**

No es nada fácil combatir la arraigada tendencia a considerar el amor como algo cierto-bueno-bello y empezar a enfrentarlo como una forma de alienación. La mayoría de la gente contempla y vive el amor como algo superlativamente auténtico y personal, expresión del núcleo mismo del ego y fuente primordial de las gratificaciones más intensas y elevadas.

Y eso a pesar de que la evolución misma de los procesos amorosos se encarga de "desengañarnos", ya sea mediante una decepción brusca o un enfriamiento gradual jalonado de decepciones menores. Cumplido su objetivo de atomizar a la sociedad en grupúsculos familiares o cuasifamiliares, el amor suele revelar su engaño básico. Pero muchos se niegan a verlo, tan inevitable e irreversible les parece la situación. Y de los que lo reconocen, la mayoría lo atribuyen a fallos personales o circunstanciales, resistiéndose a ver la falsedad básica del planteamiento mismo. E incluso entre los "escépticos" respecto al amor, la mayoría buscan sucedáneos más que alternativas, y en realidad lo mitifican aún más, considerándolo algo "demasiado bello para ser verdad", y trivializan otro tipo de experiencias eróticas (o buscan directamente lo trivial "a falta de otra cosa").

Estas formas de "escepticismo", "resignación" y "desengaño" no se oponen a la mítica amorosa, sino que, por el contrario, la refuerzan, en la medida en que desvirtúan las causas de la frustración afectiva y desvían la subsiguiente agresividad de sus auténticos objetivos: el propio mito del amor y la ideología que lo informa.

---

[2] En realidad habría que inventar una palabra nueva, pues las relaciones que pudieran darse en una sociedad no represiva serían cualitativamente distintas a cuanto se da actualmente. Asociar estas relaciones nuevas e "inconcebibles" a lo que hoy llamamos amistad es una aproximación simplista, meramente referencial, basada en el hecho de que la autonomía, la apertura y otras características irrenunciables de cualquier relación no represiva suelen darse más en las relaciones amistosas que en las amorosas.

## Otros senderos

Ahora bien, suponiendo que se admita el carácter neurótico y regresivo del amor, ¿cómo superarlo y con qué sustituirlo?

Tal vez lo único que podamos hacer, por el momento, sea someter a una enérgica y recelosa autocrítica nuestro concepto de amor y nuestras vivencias afectivas, separando, en lo posible, los inevitables aspectos negativos (posesividad, dependencia, mistificación, agresividad...) de los positivos (solidaridad, "simpatía", respeto a la identidad y la autodeterminación ajenas...), esforzándonos por combatir los primeros y potenciar los segundos.

Este mero esfuerzo, desde luego, no bastará para cambiar radicalmente nuestra estructura afectiva; pero es un primer paso, igual que el diagnóstico de una enfermedad es el primer paso hacia su curación (o el segundo: primero hay que reconocer que se está enfermo). Un primer paso a inscribir en la lucha por la transformación global de la sociedad, condición previa de —o mejor dicho, en relación dialéctica con— una auténtica transformación afectiva del individuo.

En cuanto a las posibles alternativas al amor tal como hoy se vive y entiende, sólo podemos vislumbrarlas, ya que van ligadas a condiciones psicológicas y sociales radicalmente distintas; pero parece lícito suponer y esperar que una potenciación de la solidaridad, la comprensión, el respeto por la autonomía propia y ajena, junto con la superación de la posesividad, la agresividad, etc. dará lugar a un tipo de relaciones extrapolables de lo que hoy se entiende por una buena amistad; relaciones en las que el sexo podrá jugar un papel más o menos explícito ,más o menos importante, pero nunca coercitivo.

Sólo podemos hacernos una idea muy vaga de una tal situación afectiva, por la misma razón que no podemos hacernos una idea clara de una sociedad libre, ya que ambas cosas —afectividad no represiva y sociedad no represiva— van indisolublemente unidas, se determinan mutuamente, del mismo modo que se determinan mutuamente el amor neurótico y la sociedad neurótica actuales.

En resumen: nuestra actual forma de concebir y sentir el amor constituye seguramente el reducto más profundo y mejor protegido de la ideología internalizada. La lucha contra la ideología dominante se libra en muchos frentes, y uno de los más duros está en lo más íntimo de nuestro ser, en el centro mismo de nuestra sensibilidad. Es algo terrible, pero si no lo afrontamos, si nos negamos a ver que nuestro "corazón" es la sede del búnker que el sistema ha construido dentro de cada uno de nosotros, habremos perdido la batalla de antemano.

Como bien decía San Pablo, somos templos vivientes de la ideología (vaya disfrazada de paloma o de mamoncillo alado), y mientras no expulsemos de nuestro interior tanto a los mercaderes como a los sacerdotes y —sobre todo— a los dioses internalizados, no empezaremos a ser libres.

## Rapto de mujeres

Yo no les tengo miedo. Yo los mordería... No más te agarran la mano, y ¡chale! te tienes que casar aunque no los quieres. También, quitándote un sueter, un pañuelo o algo así. La otra vez me quitaron mi chamarra cuando fui a un baile... Y al otro día me fueron a pedir. Yo estaba atacada de la risa. Mi abuela me dijo que me tenía que casar. Entonces yo le dije: —"Cásese usted con él. Allí está afuera, vaya con él." Entonces mi papá dijo que yo no tenía por qué casarme si yo no quería... El muchacho nomás decía que me había quitado la chamarra. Entonces, yo le dije: —"¡Eres un pendejo! ¿Crees que te vas a casar conmigo nomás por haberme quitado la chamarra?"

Estuvimos allí todo el día, que sí, que no, que sí, que no. Y a mi papá, que no le gusta, estaba allí tome, tome pulque y cerveza. Porque allá cuando van a pedir una persona llevan pan y vino, y mucho. Y mi papá le dijo: —"Siempre no." Y el muchacho le dijo: —"¿Pero cómo, si ya has tomado mi vino?"

R.S., 18 años, cursa primero de secundaria, trabajadora doméstica en la ciudad de México, oriunda del estado de México.

CASED.

**NOE JITRIK Y TU NUNA MERCADO CONTRAERAN MATRIMONIO, EL DIA 20 DE ENERO DE 1961, EN CORDOBA, LO QUE HACEN SABER A USTED CON GRAN DE ALEGRIA. Av. GENERAL PAZ 351, 7º E, EN CORDOBA Y Av. SAN MARTIN 1206, 8º, 36, EN BUENOS AIRES.**